Lo que un *ranking* esconde

¿Qué puesto ocupa España en turismo? ¿Somos un país feliz? ¿Nuestras empresas fomentan suficientemente la investigación y el desarrollo? ¿Qué tipo de sanidad tenemos comparada con otros estados europeos? ¿Cuántas universidades españolas ocupan primeros puestos en los baremos internacionales? Datos, datos y más datos. Estadísticas y *rankings* copan páginas de diarios, webs en internet y minutos en informativos radiofónicos o televisados. ¿Hasta qué punto debemos confiar en sus resultados?

Esther Plaza Alba

Foto: http://www.sxc.hu

«Así como el precio se traduce en una cantidad inequívoca, queremos que la cualidad y la calidad de un producto pueda convertirse, si no en una cifra, al menos en un listado de mejor a peor»

«PARECE QUE LOS HUMANOS CONTEMPORÁNEOS tenemos una clara tendencia a *rankings*, *tops*, estrellas, o listas ordenadas que expresen de forma sintética lo bueno o lo malo de una realidad compleja». De esta forma reflexiona uno de los expertos consultados durante la elaboración de un reportaje con la pretensión de auditar la cantidad de resultados estadísticos que llegan a los ciudadanos a lo largo de su vida. José R. Repullo, jefe del departamento de Planificación y Economía de la Salud de la Escuela Nacional de Sanidad, en el Instituto de Salud Carlos III, añade que, «así como el precio se traduce en una cantidad inequívoca, queremos que la cualidad y la calidad de un producto pueda convertirse, si no en una cifra, al menos en un listado de mejor a peor». Y no solo sobre productos sino también sobre servicios, en donde todas las profesiones se ven involucradas en mayor o menor medida. De tal modo, que en muchas ocasiones deben alzar su voz para aclarar de dónde proceden dichos listados y los indicadores que sus autores han utilizado. Es decir, el deseo de los medios de comunicación y de la población por conseguir el acceso inmediato a un dato publicado que nos aclare una realidad confusa, provoca la expectativa de que alguien «nos ordene el mundo caótico, y empaquete todos los criterios para cualificar las opciones de decisión en indicadores sintéticos o agregados que nos saquen de la ansiedad que produce la incertidumbre». Y aclara Repullo: «El problema es que este alguien no puede evitar introducir sus preferencias, visiones y valores en la compactación de información que realiza». Entonces, aquello que en un principio parecía ser aséptico se convierte en influenciable dependiendo de quién gestione la metodología a utilizar en el proceso, las fuentes consultadas y los indicadores escogidos.

Para Montserrat Casas, rectora de la Universidad de las Islas Baleares —UIB— y vocal del Comité Permanente de la CRUE —Conferencia de Rectores de las Universidades de España—, «estamos entrando en una cultura de calidad en todos los ámbitos, y las cifras son el referente objetivo, lo que pasa es que es importante hacer las interpretaciones adecuadas, teniendo en cuenta los factores que influyen». Por eso Casas distingue entre *rankings* globales y concretos: «A la hora de realizar un *ranking* global, se debe hacer un promedio de recursos y resultados. La idea de los *rankings* me parece bien, pero siempre con los ítems separados y siempre que, por ejemplo, en el caso de las universidades, se tenga en cuenta el tamaño del centro universitario. En el momento en el que se da un *ranking* global, se mezclan unas cosas con otras, lo que afecta al resultado que puede ser muy dependiente del peso que se le dé, en un caso, por ejemplo, a los recursos, y en otro, a los diferentes resultados que se utilicen». Por esto recomienda en esta proliferación de clasificaciones, «precaución o, por lo menos, saberlas interpretar, en función de cómo se hayan calculado».

Diversidad y fiabilidad de los *rankings*

Sin adentrarnos por el momento en resultados, es importante reseñar el interés que posee el ser humano por conocer el puesto ocupado en casi todas las circunstancias que le rodean, desde lo más cercano, por ejemplo, si nuestro barrio es o no peligroso en comparación con el resto, hasta aquello mucho más general en lo que datos sobre política, sanidad, educación y economía no dejan de ser

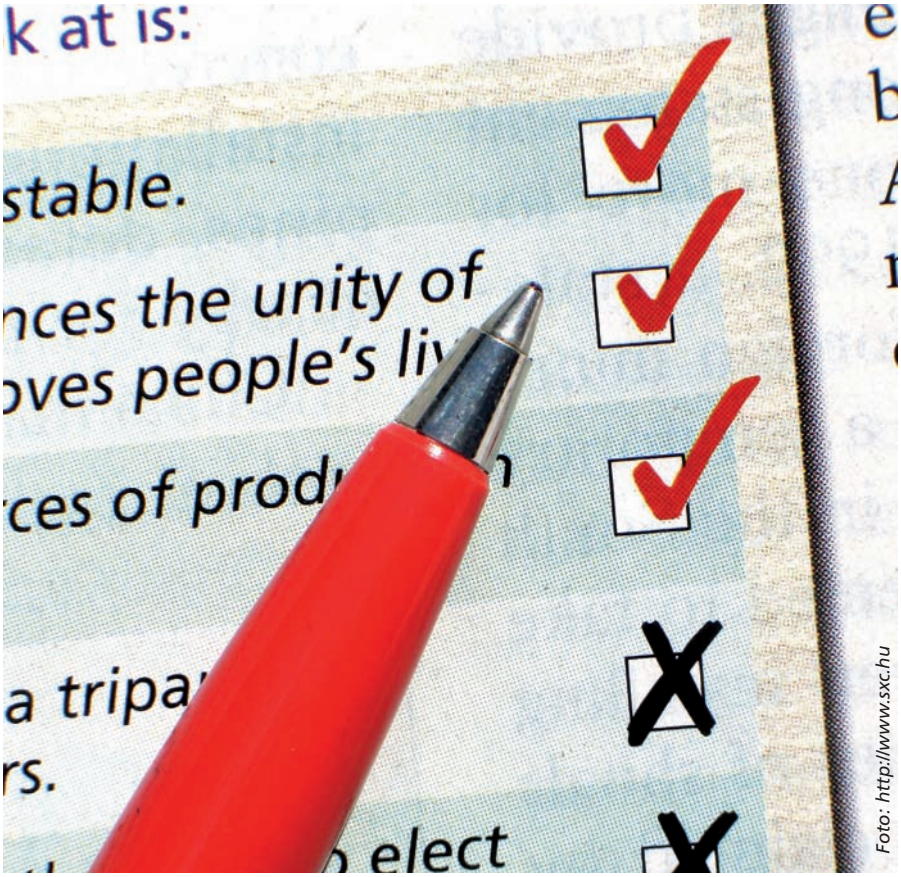

Foto: http://www.sxc.hu

«En correlación, no todas, pero la gran parte de las universidades españolas, están por encima de la media que les corresponde, de acuerdo con los *inputs* presupuestarios»

interesantes, sobre todo si el momento de su publicación coincide con las elecciones generales o con cualquier caso específico y alarmante que haya llevado a la población a cuestionarse qué tipo de servicio se nos presta a nivel estatal. Tal es el punto que adquieren estas sensaciones que incluso el portal Google ha diseñado una herramienta propia que permite la elaboración prácticamente inmediata de *rankings* personalizados. Para ello, se sirven de las veces que presionamos en internet la opción *me gusta* o *compartir*.

Dice el doctor Repullo que «cuando hay demanda de este tipo de productos —*rankings*— se abren enormes posibilidades de generar oferta». De hecho, «la necesidad de difusión intra e interorganizativa de estos datos, lleva a que las organizaciones los publiquen en internet, con lo que cualquiera que tenga cierto ingenio y dedicación puede utilizarlos como maná que cae del cielo estadístico para construir excelentes y provechosos menús comerciales».

En el caso de la educación universitaria, el hecho de que en la actualidad muchos padres puedan permitirse que sus hijos accedan a la universidad provoca que «sea muy normal que prefieran hacerlo en las mejores». La rectora de la UIB piensa también que «cada vez más en una economía global, el aumento de la productividad y competitividad necesita de personas con educación terciaria y de eso, cada vez más, es consciente la sociedad». Y añade: «Por esto, les gusta ver las universidades de su país colocadas en los primeros puestos de los *rankings* internacionales, lo que nos gustaría a todos, pero debemos tener en cuen ta que, a parte de lo mucho que tenemos que mejorar en las universidades, es evidente que una de las cosas primordiales a mejorar es el *input* presupuestario. Si uno hace una relación entre resultados de nuestras universidades e *inputs* presupuestarios, nuestras universidades están por encima de lo que sería la media debido al *input* presupuestario que poseen. Sin embargo, cuando se elabora un *ranking* global, mezclándolo todo (recursos y resultados), no se les concede dichos puestos a las universidades españolas».

Medir la calidad. Resultados

En este sentido, el pasado 2 de noviembre, Marius Rubiralta, secretario de Estado de Universidades daba la fórmula adecuada para medir la calidad universitaria de modo que los resultados sean objetivos: «Fundamentalmente atendiendo a las tres misiones de la universidad, que son la docencia, investigación y transferencia de conocimiento». Así, cuestionado también sobre la fiabilidad de los *rankings* mundiales, respondía que «no es que los *rankings* no sean fiables, sino que depende mucho de los indicadores que escojan para la clasificación. Algunos dan mucho valor al número de premios Nobel y ahí España tiene pocas posibilidades. Sin embargo, en aquellos listados que dan importancia al número de publicaciones o valoran el nivel de investigación, España alcanza buenas posiciones» *(La Gaceta)*. No debemos olvidar que en la educación superior, las clasificaciones de universidades son listados sobre instituciones educativas basadas en un orden determinado por cualquier combinación de factores. Dicha clasificación puede basarse, por ejemplo, en la calidad subjetiva percibida o en exámenes efectuados por educadores, estudiantes u otros. Además, las clasificaciones varían mucho de un país a otro. Casas cree que la cultura de calidad va impregnando todos los ámbitos y probablemente en algunos países se partió de la idea principal de conocer cuáles son sus mejores universidades y potenciar de este modo estas para que lo sean cada vez más. «Yo diría que la gente está interesada cada vez más en una cultura de calidad, desde el que nos suministra la luz hasta el que nos suministra el gas, y esto es bueno, pero las cifras hay que saber interpretarlas a la luz de los *inputs* que han sido seleccionados», dice la rectora de la UIB.

Sobre resultados también se refiere José R. Repullo, pues considera en cuanto a la sanidad que «si nos atenemos a los resultados tan diferentes de diversos *rankings*, la credibilidad se reduce drásticamente: así, mientras que el European Health Consumer Index nos lleva al

puesto 22 (de 33) en una lista de validez y fiabilidad muy baja, la OMS del año 2000 nos elevaba al séptimo puesto mundial. En una publicación reciente, como el Atlas Europeo de Mortalidad, España vuelve a estar en los niveles más altos de salud y longevidad; es verdad que nuestra dieta mediterránea obra maravillas, pero incluso cuando miramos las causas de mortalidad evitable con la asistencia sanitaria, parece que el cuadro confirma un buen desempeño». Y concluye, «la opinión que muchos tenemos es que nuestro Sistema Nacional de Salud tiene muy amplia cobertura poblacional, una bastante completa cartera de servicios (salvo odontología y socio-sanitario), y una mejorable respuesta a preferencias, esperas y comodidades del paciente». Con todo, «el futuro lo tenemos peor que el presente, si no somos capaces de ensayar alternativas de integración de niveles y trabajo por procesos».

Foto: http://www.sxc.hu

Indicadores, metodología y fuentes

La importancia de los indicadores parece cuando menos inevitable debido a su clara influencia en los datos definitivos y con ello en los resultados que serán los que lleguen al usuario. Si son importantes los indicadores lo son más los criterios que se manejen para su selección. Repullo considera que «para hacer un indicador sintético (listado o *ranking*), hay que hacer dos cosas que metodológicamente no están bien resueltas: medir los ítems —otorgar puntuación al grado de cumplimiento de los criterios— y agregar las puntuaciones de los ítems y dimensiones: si no ponderamos los ítems les otorgamos el mismo peso, y si otorgamos pesos basados en expertos, estamos incorporando las preferencias de los expertos al modelo, y no necesariamente las de la población a la que va destinada la comparación». En el caso de la educación universitaria, Montserrat Casas pone el ejemplo de los *rankings* internacionales, donde la Universidad de Barcelona es la primera española en aparecer (*ranking* de Shanghái), «pero este es un *ranking* que no corrige, o corrige muy poco, por el tamaño relativo de la universidad, por esto las grandes universidades son las que tienen mayores posibilidades de cubrir los primeros puestos». De este modo, «si nos fijamos más en el detalle, nos percatamos que en correlación, no todas, pero la gran parte de las universidades españolas están por encima de la media que les corresponde, de acuerdo con los *inputs* presupuestarios». Si nos referimos a este tipo de clasificaciones, no podemos olvidarnos de la atención que en la elaboración de las mismas mantiene la metodología y las fuentes consultadas. A la aclaración sobre los indicadores, realizada anteriormente, el Doctor Repullo añade dos grandes problemas metodológicos que a su modo de ver faltan por solucionar, y que restan o incluso anulan la validez de estos indicadores sintéticos de desempeño de los sistemas: «Los sistemas sanitarios son organizaciones complejas y multidimensionales, que devuelven una imagen cambiante según la perspectiva —¿salud o satisfacción?— y los valores del observador —¿libertad irrestricta de elección o planificación de oferta de servicios?—. Pero, aunque no exista alternativa metodológica para superar este escollo, sí podemos predicar la exigencia de transparencia —explicitar perspectivas y valores—, o la posibilidad de crear distintos índices —en vez de uno solo— que reflejen perspectivas con imposibles cualidades aditivas». Continúa exponiendo que «y, en el caso de análisis de desempeño, se añade la necesidad de relacionar resultados —puntuación— con costes; por ejemplo resultados —numerador— por unidad de coste —costes en el denominador—; el mejor desempeño será el que tenga más alto este índice —más resultados para el mismo gasto—; al hacer esto, lo que ocurre es que muchos países/regiones pobres, por mala que sea su puntuación, se alzan a los puestos de cabeza de la tabla, por la miseria de su gasto o coste en el denominador». Y así como Repullo reconoce que hoy por hoy no disponemos de indicadores sintéticos suficientemente válidos, o al menos aceptables por la comunidad científica internacional, Montserrat Casas cree que la metodología sobre la que se realice un ranking va a depender de las fuentes que se escojan y de qué peso estadístico dispone cada una de ellas. Por eso, dice la rectora, «los *rankings* nacen para conocer qué puntos fuertes y qué puntos débiles tiene las universidades y donde tienen que mejorar. En teoría, podrían nacer como una cosa interna de las propias universidades. Rápidamente se convierte en algo externo, lo que podríamos llamar *cuadro de honor*». Y esto supone que «para poder comparar hay que ponerse de acuerdo en los criterios». En el terreno universitario, la EUA, la organización de universidades europeas, ya está dedicando parte de sus esfuerzos en aunar ítems para llevar a cabo de manera mucho más objetiva este tipo de *rankings* y no depender de organismos externos. Todo ello, dentro del tan llevado y traído Proceso de Bolonia. Y es que, tal y como sentencia Repullo «los indicadores sintéticos tienen un papel como elementos que ayudan a empezar a pensar, pero no deben usarse en ningún caso para dejar de pensar». Sigamos su consejo y cumplamos los dos cometidos en cuanto a cualquier *ranking* se refiera, empecemos a pensar para continuar pensando qué, quién, cómo y por qué se realiza cada una de las clasificaciones que llegan a nuestro poder. ▮